

LA VOCACIÓN DE MARÍA

*¡El cetro de tu poder lo extenderá Yahveh desde Sión:
idomina en medio de tus enemigos!
Para ti el principado el día de tu nacimiento,
en esplendor sagrado desde el seno,
desde la aurora de tu juventud. (Ps 110,2-3)*



L'Annunciazione de Guido Reni



Federico Barocci, *María y el niño*

El dogma llamado *Theotokos*, que afirma la Maternidad divina de María, fue confirmado por la Iglesia en el concilio de Éfeso (431), siendo por tanto el primer dogma mariano de la historia. Los Padres conciliares se adhirieron a la posición (escrita) tomada por Cirilo de Alejandría frente a Nestorio, por lo que no supuso una *declaración ex novo*¹. Es sin embargo en Calcedonia (451) cuando se hace esta declaración respecto a Jesucristo:

« (...) engendrado del Padre antes de los siglos según la divinidad, y en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, la madre de Dios, según la humanidad»².

El reconocimiento explícito de María como Madre de Dios en Éfeso vino motivado por los problemas cristológicos surgidos a raíz de la doctrina nestoriana, lo que nos da una razón más para entender la unidad existente entre la cristología y la mariología. Al afirmar la maternidad divina de la Virgen se presuponen tres nociones claves: la consustancialidad existente entre el Padre y el Hijo, la maternidad humana de María derivada de una asunción verdadera de la carne por parte de Jesucristo y por último la unidad existente entre la naturaleza divina y humana en la persona de Cristo. Además, el dogma *Theotokos* resulta ser la base y el punto radical de entendimiento de la figura de María, porque Dios la ha preparado desde toda la eternidad para este cometido: **su vocación consiste en ser la Madre del Salvador**. Y no sólo ha dado la carne física de Cristo, también la cultura humana, el mundo interior de Jesús: Dios ha querido que el Hijo crezca en humanidad bajo el manto de María.



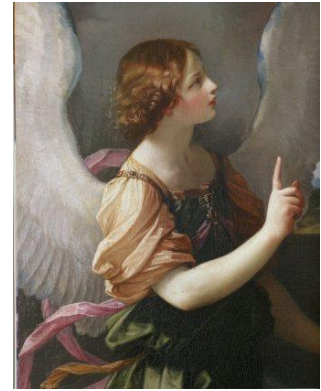
Guido Reni, *Maria e il Bambin Gesù*

¹ ANTONIO DUCAY, *La prediletta di Dio. Sintesi di mariologia.*, 103

² HEINRICH DENZINGER, PETER HÜNERMANN, *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n.301

Fundamentos bíblicos

El texto mariano en un sentido estricto más antiguo lo podemos encontrar en Gal 4,4-5³. San Pablo inserta a María con el nombre de mujer afirmando que, mediante la Encarnación, la segunda persona de la Santísima Trinidad redime a la humanidad, sintetizando así la historia de la salvación, en esquema claramente Trinitario. Implícitamente, este texto nos señala a Jn 1,13-14, donde también se nos revela esta esencia divina:



Guido Reni,
L'Annunciazione (Ascoli
Piceno, detalle)

«la cual [la Palabra] no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad».

El evangelista, al igual que Pablo, al hablar del Verbo le es inevitable mencionar cómo se ha hecho hombre: mediante una intervención, un don especial de Dios.

Conviene ahora retomar nuestra consideración del Antiguo Testamento a partir del Nuevo. A este respecto, las figuras bíblicas de Sara, Raquel y Ana, las *grandes madres de Israel*, nos ayudan a apreciar mejor la singularidad de la pedagogía divina. En una cultura donde la fertilidad implicaba bendición y la esterilidad maldición, Yahveh dará la vuelta a esta visión eligiendo a la estéril, haciendo llegar a través de ella la promesa de la salvación.



Abraham y los tres ángeles de Bartolomé Esteban Murillo

³ Gal 4,4-5: *Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.*



Juan de Correa de Vivar,
La Anunciación (detalle)

La descendencia de Abraham, como bien revelará san Pablo (cfr. Rm 4; Gal 3) será engendrada en la fe, en el Espíritu. También la profecía de Isaías (Is 7,14) se inserta en esta dinámica del signo-promesa:

«Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel.»

Ratzinger, refiriéndose a la genealogía de Jesús en Mateo y Lucas, comenta: «En ambos árboles genealógicos lo que importa es la relación histórica y humana de Jesús. Sin embargo los dos están convencidos de que Jesús puede ser el fruto conclusivo de la historia solamente porque en él ha entrado en el árbol que se deseca de esta historia una fuerza nueva, porque él no viene sólo de abajo. Él es fruto de este árbol, cierto, pero el árbol puede traer fruto solamente porque éste es fecundado desde el exterior»⁴. El

nacimiento de Cristo implica un nacimiento nuevo en la historia, un inicio nuevo: Dios mediante la impotente Israel, ante la humanidad desesperada, les ha concedido un don de lo alto a través de María, la *estéril-bendecida* que pasa a ser «signo de la gracia, el signo de lo que es verdaderamente fecundo y que salva: la disponible apertura que se entrega a la voluntad de Dios»⁵.



Holbein, *Alegoría del Viejo y Nuevo Testamento*

⁴ JOSEPH RATZINGER, *La figlia di Sion. La devozione a Maria nella chiesa.*, 40

⁵ *Ibidem*, 47

Siguiendo a san Lucas, vemos el paralelismo existente entre Juan el Bautista y Jesucristo, entre Isabel y María. A diferencia de todos sus predecesores, *Cristo-hombre* no es sólo elegido recibiendo el Espíritu, sino que *existe* gracias a Él. El Hijo de Dios en cuanto hombre es santo no sólo como Jeremías, llamado desde el seno materno (Cfr. Jr 1,4-5) o como Juan Bautista (Cfr. Lc 1,15) que posee también desde entonces el *Pneuma*: el mismo Espíritu generará al Hijo en su humanidad.



Bouguereau, *The Virgin of the Lilies*

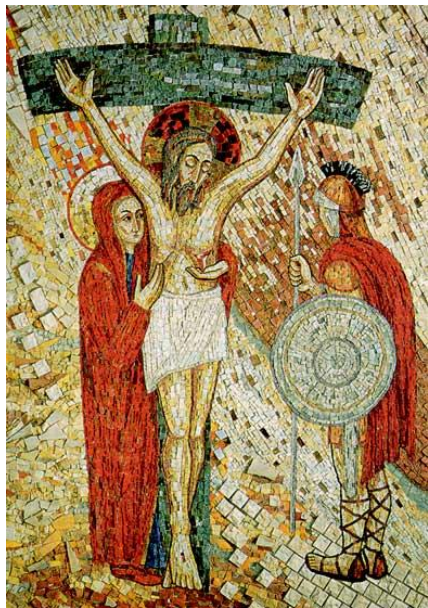
Por eso tendrá todo su sentido la relación única existente entre Padre e Hijo en su caminar terreno: es una paternidad total, que implica la virginidad de María, porque sólo así el Verbo puede ser realmente Hijo. La Virgen es verdadera Madre de Dios no sólo corporalmente, como decíamos antes, sino que engendrar al Hijo comporta una renuncia a sí misma, «(...) se comprende ahora porqué la esterilidad sea condición de la fecundidad – el misterio de las madres del Antiguo Testamento aparece transparente en María. Éste obtiene su sentido en la virginidad cristiana, que comienza en María»⁶.



Sassoferrato, *The Mystic Marriage Of Saint Catherine*

⁶ *Ibidem*, 50

El alcance de su Maternidad divina



Rupnik, *Redemptoris Mater*

Incluso, en un sentido más amplio, esta *virginidad* de la que hablábamos es precisamente la vida de renuncia a la que se llama a cualquier cristiano, que nace por el Espíritu a la nueva vida. En esta línea, nos parece fundamental mencionar un aspecto clave reflejado por Juan en su evangelio. La presencia de María en las escenas de Caná y el Calvario no podía ser más reveladora.

En las bodas de Caná (Jn 2) Jesús realizará su primer milagro y el inicio de su vida pública, siendo signo de la salvación que vendrá cuando llegue su hora. María juega un papel fundamental al ser la que pide a Jesús el milagro, lo cual es fruto de que los discípulos comiencen a creer: «Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos (Jn 2,11)». Al pie de la cruz, cuando ya ha llegado la hora de Jesús, éste entrega al discípulo amado a su propia madre, justo en el momento en que está realizando la redención, aquello prefigurado en Caná, «en la hora de la cruz del Señor en la cual la sangre donada por María viene derramada para la salvación de todos los hombres, (...) En esta hora Jesús indica entonces solemnemente a María como la gran “mujer” de la historia del mundo, la madre de todos los creyentes (...)»⁷.



Veronese, *Le nozze di Cana*

⁷ HUGO RAHNER, *Maria e la Chiesa*, 50



Sassoferrato, *The Virgin and Child Embracing*

Como vemos, la maternidad divina se concreta también en María como madre de los creyentes, no sólo porque gracias a su sí Cristo realiza la obra de la salvación, sino porque el mismo Jesucristo nos la ha dado como Madre. Comentando el último punto de la encíclica *Redemptor hominis* de Juan Pablo II, Ocáriz afirma que María es la «Madre de la Iglesia; como la Madre de Dios que Dios mismo ha entregado como Madre a los hombres; como Aquella que como ninguna otra criatura ha sido introducida por Dios en el misterio de la Redención y, en consecuencia, como Aquella que mejor sabe introducir a los hombres en la dimensión divina y humana de ese misterio»⁸.

Este hecho se refuerza gracias a la doctrina del *cuerpo místico*, del que habla san Pablo (Cfr. Col 1,18; Rm 12,5): la Iglesia forma parte de este cuerpo de Cristo, del que Él es cabeza. María no sólo es madre de la Iglesia en un sentido de procedencia, sino que ejerce la maternidad activamente: «Pero también en esto María es en el sentido más profundo y elevado figura de la Iglesia, pues según la doctrina de los santos Padres de la Iglesia, también la virgen Iglesia es una verdadera madre no solo en el sentido de que nosotros, los muchos, seamos por ella procreados en la vida eterna, sino, más profundamente todavía, en cuanto ésta se hace “procreadora de Dios” dando continuamente la vida al cuerpo místico de Cristo»⁹.



Fra Angelico, *La Anunciación*

⁸ FERNANDO OCÁRIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 1999, p.133

⁹ HUGO RAHNER, *Maria e la Chiesa*, 37

¿Un problema teológico hoy en día?

En este punto, puede ser de interés considerar el rechazo actual que genera la maternidad divina de María, y más concretamente su carácter virginal. Las objeciones referentes a la separación del dogma del hecho histórico (cuatro siglos) y a la correspondencia existente con algunos aspectos de otras religiones son razones más bien débiles: acaban por reforzar la originalidad y autenticidad del contenido espiritual del dogma. Ratzinger dirá que son meras excusas que esconden la verdadera razón por la que la recepción del dogma es problemático: una visión del mundo, donde -al interno de una filosofía de la emancipación- se intenta ver lo material y corporal sólo desde el punto de vista biológico, cayendo en dualismo antropológico hostil a la creación. Como consecuencia de esto se pierde la unidad del hombre, lo biológico y lo espiritual se separan y aparecen opuestos, y que además toca también la imagen de Dios y la relación del hombre con Él: el campo de acción de Dios se limitaría a una esfera meramente espiritual, viendo como imposible que Dios pueda actuar en la historia terrena¹⁰.



Veronese, *Dio Padre*

¹⁰ Cfr. JOSEPH RATZINGER, *La figlia di Sion. La devozione a Maria nella chiesa.*, 57

Vemos como la espiritualidad mariana deriva y es a la vez piedra de toque de una visión correcta del creado y del Creador, y que los problemas en la formación del dogma llevan a solucionar puntos de vista erróneos sobre el campo espiritual y antropológico.

«Se trata del problema de Dios: ¿Dios es, no se sabe dónde, una profundidad del ser que descoloca todo, no se sabe bien cómo, o es él el agente que tiene el poder, que conoce y ama su creación, le es presente, obra en ella, siempre, también hoy? Se trata de la alternativa: ¿Dios actúa o no actúa? ¿Puede él actuar verdaderamente? Si no puede, ¿es verdaderamente “Dios”? ¿Pero qué significa, propiamente, “Dios”? La fe del Dios que ha permanecido realmente el creador de la nueva creación – Creator Spiritus- es parte central del mensaje del Nuevo Testamento, es la verdadera fuerza que mueve. El mensaje del nacimiento gracias a la virgen María quiere testimoniar precisamente estos dos hechos: Dios actúa realmente, realiter, no solo interpretative, y: la tierra da su fruto precisamente porque él actúa. En el fondo, el natus ex Maria virgine es una proposición rigurosamente teo-lógica: éste testimonia el Dios que no ha liquidado la creación. Aquí se fundamentan la esperanza, la libertad, la tranquilidad y la responsabilidad del cristiano»¹¹.



Tiziano, *Annunciazione*

¹¹ *Ibidem*, 58